



Atravieso el patio esquivando niñas en medio de rugidos bárbaramente ensordecedores, ululaciones y gritos de placer y dolor que estallan al comienzo del recreo, entre miradas escrutadoras, resolviendo problemas como el cambio de un peso si compran dos dulces, tratando de contestar preguntas como cuántos años tenías cuando eras chico, Dios come, qué come y a qué hora come, o haciendo a un lado pecosas que me detienen en la cancha de volibol o inclinándome para oír a una morenita que, ¿me regalas los timbres?, jala y jala mi saco y casi me arrebató la correspondencia... Ya saben, hay que esperar al cartero en la puerta, pues llega a eso de las diez y las niñas hacen desaparecer las cartas si no está uno allí para impedirlo. Y como no sé la respuesta teológica ni las otras, saco una de las cartas de Jobías y le regalo el sobre a la filatélica. A mí, a mí, gritan otras niñas y a mí y ya se imaginan, cosas que se dicen antes de arrancar todos los timbres de la correspondencia. Luego tengo que defender a una escuincla perseguida por unas que la orillaban a acercarse a las palmeras para asustarla allí, pues otras se habían encaramado, en fin, y comienzo a enterarme: en Copacabana no se encuentra papel de baño y asombra la proliferación de bidets; todos dicen media en lugar de seis, que es media docena, y no se entiende nada cuando al dar un teléfono dictan treinta y siete cuarenta y dos treinta y media, o cuando alguna adolescente responde diez y media a la pregunta sobre su edad. Y Teodoro Tevomito, Tereso y Terrancio, Teodoro y Tepepam, Tecatito, gritan catorce niñas desesperadas, las de cuarto están soltando el agua de la alberca, y bueno, después de arreglar eso, fingir persecuciones y pasear vigilante, comprobando que las niñas se inclinan cuando les empiezan a crecer los senos, como protegiéndolos, enconchándose, leo que en Copacabana también hay lotería, que ha llovido poco y es una friega porque racionan la luz y donde vive Joby hay elevador y 99% del sector urbano consta de edificios con más de diez pisos.

Tres por seis dieciocho dice una niña al atrapar a otra que escapaba entre mis piernas, haciéndome perder el equilibrio, y ah de fracaso y luego una nueva carrera, ahora las dos detenidas por un instante para no transgredir las barreras de reglamento, junto al edificio de secundaria, volviéndose para seguir persiguiendo a otras niñas, mientras en Brasil los enchufes son redondos y las batucadas resuenan en las calles y la comida se dispone de manera diferente, siempre al centro de las mesas, un plato de frijoles negros y uno de arroz, carne, papas a la francesa, ensalada, guaraná, en fin, todo dispuesto para que cada quien elija y se sirva en su plato la cantidad que quiera, de lo que quiera y cuantas veces quiera.

Son cuatro cartas de Jorobas que han llegado de golpe y medio las leo hasta que suena el timbre clausurando el recreo

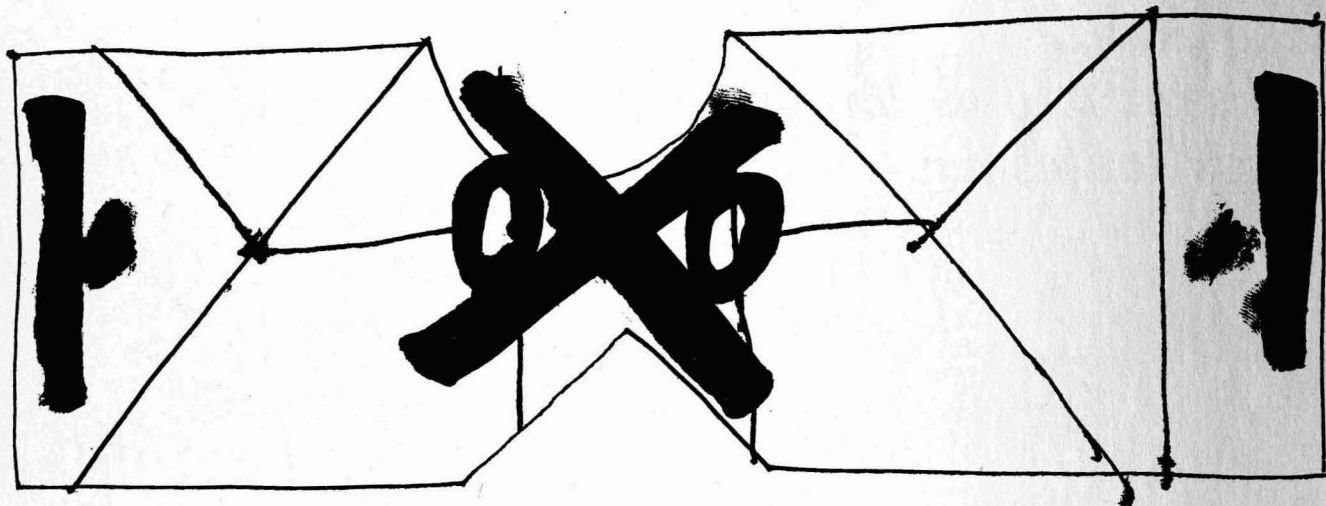
y tengo que ir a desprender niñas de la cooperativa, niñas que se aferran desesperadamente a las moneditas con las que no pudieron comprar nada, golosas o hambrientas o caprichosas, y yo saco una cajita con chicles y les doy a todas, una me introduce un peso en el pantalón y no la veo a tiempo y digo no, estos dulces los regalo, no los vendo, y pregunto quién dio este peso y muchas dicen yo, yo, y las tengo que empujar a las filas pues las monjas ya se pasean como villanas del ring, severas y gigantescas entre las filas todavía inquietas por unos segundos hasta que aparece la Directora y se hace el silencio.

Otra particularidad, cuenta Jorobas, está en el idioma. —En vez de contestar simplemente con un sí, se contesta con el verbo en presente y en primera persona. —¿Me puede decir su hora? —Puedo. —¿Me pasas el salero? —Paso. —¿No llamas al mesero por favor? —Llamo. —Y así hasta el cansancio. —Y como aquí hay frecuentemente racionamientos de luz se economiza. —En los pasillos de los edificios está conectada a botones en forma de timbres. —Los oprimes y se prende la luz del pasillo, pero después de un minuto se apaga sola. —Esto asegura que nadie la deje encendida innecesariamente. —Los carros transitan por la ciudad con las luces de cuartos; sólo en las esquinas o para rebasar usan la luz completa; las altas son para carretera. —Hay una tienda que se llama Casa da Borracha pero no es un bar lleno de señoras, sino una tienda de artículos de hule; otra, se llama Bolsas Malas y vende bolsas de cuero y maletas, no bolsas defectuosas, lo que no es sino un prólogo para que se entiendan mis confusiones lingüísticas: “español no es portugués”. —En una farmacia pedí alka-seltzers y la dependiente me dio uno suelto. —Yo pregunté ¿no tiene paquete? y ella sudó frío y no supo qué contestar. —El Ruso iba conmigo, me disculpó y aclaró, se llama pacote, y luego, en un aparte, paquete, aquí en Brasil, quiere decir menstruación.

Aquí en Brasil no hay divorcio. —Si te casas aquí y te divorcias en otro país, al volver aquí continúas casado y te pueden acusar de bigamia. —La palabra voce, que Dona siempre traducía por usted, equivale más bien a tú, o al vos de los argentinos. —Para las personas desconocidas o de respeto se usan las fórmulas El Señor, La Señora, v. gr. ¿el Señor quiere desayunar?, y ya me aburrí de hacer diez mil veces el mismo chiste. —Un brasileño: ¿El Señor está contento? Yo: No sé, no soy católico. —Un brasileño: ¿Qué dice el Señor? Yo: No sé, hace mucho que no voy a la iglesia.

Pero las filas desaparecen poco a poco del patio y tengo que subir a pasar a los invitados. No fumen, eviten hablar demasiado alto y firmen al entrar; identificaciones en la mano, please.

Todos se sientan en la angosta habitación pintada de negro, alfombrada y encortinada de negro, iluminada apenas con una



pequeña luz verde. Entré por la escuela, dice un estúpido, y tuve que hacerme pasar por padre de una de las chicas: me siguió el juego por diez miserables pesos. Putillas desde chiquillas, dice otro. Y pido silencio. ¿A qué hora empieza esto? No respondo. Todos los que han venido más de una vez guardan silencio. Después de La Cripta, así le dicen unos, o El Aleph, nos van a separar nuestras ocupaciones, para qué comprometernos en una complicidad que forzosamente tiene que ser sórdida. Es una idea de F12, pues aquí todos prescinden del nombre. Un nuevo código del amor, dice Fernández Moreno, D2 significa dance with me, J19 quiere decir why. Y el cara de foco: entra tambaleándose y apenas puede firmar por los temblores. Avanza cubriéndose la cara con un pañuelo que también pretende aislarlo de su hedor a orines. Y yo en un rincón con muchas cartas en la mano, pantalón de pana, megacinturón y camisa de mezclilla: el arquetipo del portero de escuela. Junto a M5, un abogado que se masturba con las manos en los bolsillos, y frente a K24, el más viejo de todos: lo sorprende quitándose cerilla de las orejas con un lapicero. A veces viene a hablar con las monjas. El maestro, dice, olvida a menudo que el lenguaje es ese fuego interior dado al hombre para penetrar en la realidad del mundo. Pobre tipo. Hace pedazos en tres minutos a Fidelino de Figueiredo pero trabajo en una burocracia. Ahora se mueve un karatista, va a estornudar y afortunadamente ve mi mano que dice afuera. Ajajá, conque policía y en La Cripta. Empieza a oler a sudor, hay poca ventilación. Recuerden, digo, NADA de ruidos. Si necesitan algo basta con que se levanten, yo los guiaré hasta la salida para que puedan hablar allí y decir lo que quieran. En el piso de abajo hay minitorios.

Apago la luz y corro la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta cortinas, con toda sangre fría. Antes no podía dominarme, temblaba como esos pájaros carpinteros de pasta que descienden vibrando de un alambre enroscado.

Es significativo que no pueda describir lo visto, pero explicable, pues los espectadores salen siempre callados o hablando de cosas como los postulados de Rousseau y Cousinet. El objeto de los niños no es instruirse, sino aprender a trabajar (F12). No, esos problemas se los dejo a mi agente en Nueva York (M5). Se debería abolir el libro común de lectura (el cara de foco). Equis va a ser un gran jugador aunque algunos se sorprendan, corre muy bien la cancha, juega los noventa minutos y apoya con facilidad desde lejos (el karatista). La música de Glück está llena de ruido y extravagancia (K24). O los nuevos. ¿Qué días se puede venir? ¿Puedo traer un amigo? Somos íntimos, nos vemos siempre en el Veranda.

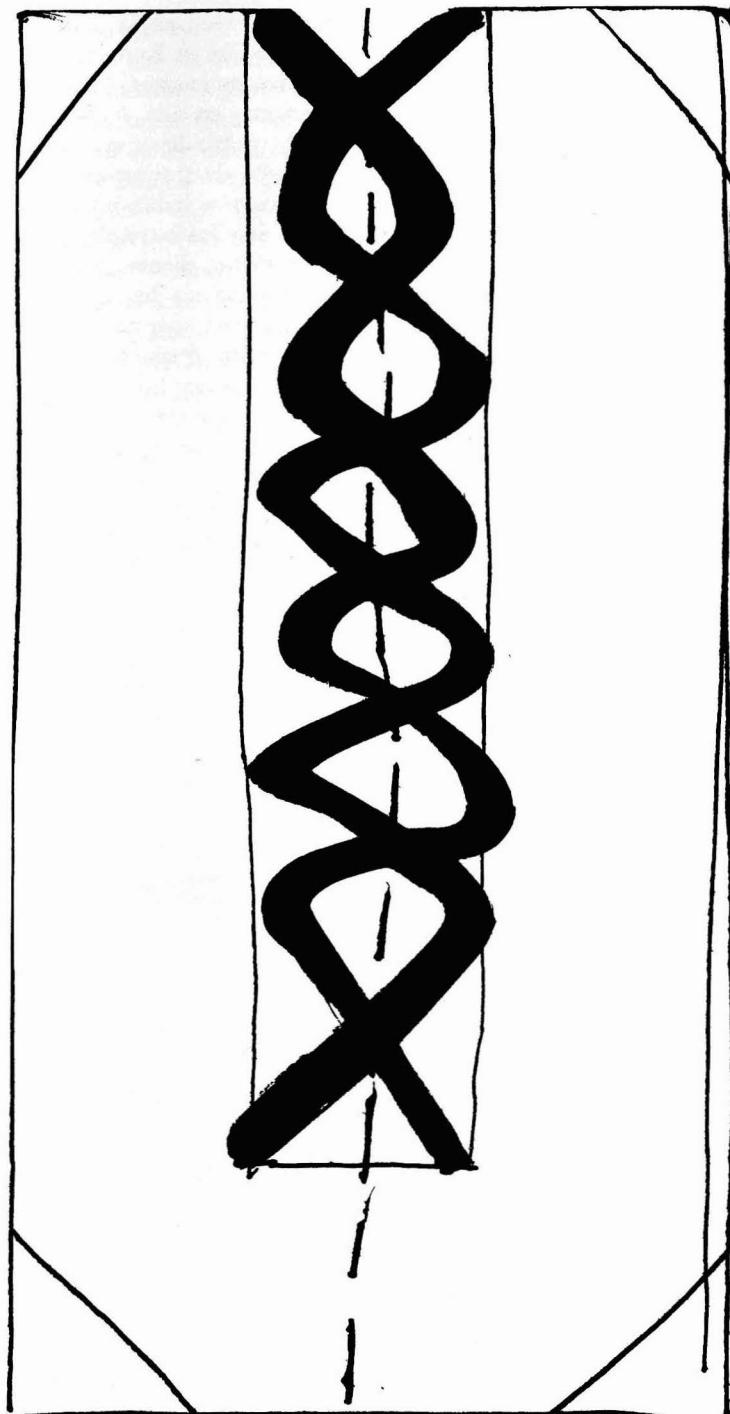
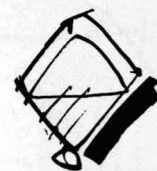
Generalmente los fotografiamos así, amables, solícitos, al pie

de la escalera o en el cuarto negro, dispersos inhábiles, ni anes-
tesiados ni eufóricos, siempre con la ropa un poco fuera de lugar, como salidos de esas muchedumbres alimentadas por el furor y el delirio, la ira o el espanto, o como adormecidos por una droga o una inaceptable agonía, sorprendidos después, desarmados, tímidos, cuando la ictérica mano de Papá la Oca les muestra la foto, los amenaza con un ¿quieren ver la película?, o los aterra aún más con un periódico falso donde están los nombres de todos y fotos de la casa, el cuaderno y firmas y niñas de la escuela, un periódico que puede salir alguna vez, claro... Son demasiado estúpidos, demasiado enfermos, demasiado morbosos, demasiado imprevisores, demasiado cobardes, demasiado capaces de contentarse con un espectáculo que no los colma, demasiado como nosotros mismos.

Miércoles 26 o algo así.

Son las 12:30 A.M., es decir DE LA NOCHE. —Hoy fue un día poco movido. —En la mañana fui a la playa pero no conocí a nadie. —Después almorcé con la mamá del Ruso (a las 3 P.M.) y me vine a la casa a Ver Ventanas con los binoculares. —No vi nada interesante. —Me dormí un rato con los lentes puestos. —Desperté, leí ensayitos de Thion, Barthes, Lévi-Strauss y Godelier, escribí durante dos horas y salí. —Hablé a casa del Ruso. —Había salido. —Eran las 9 P. M. —Fui a buscarlo a casa de Aloysio y no estaba, pero llegó después. —Salimos pronto, mientras Aloysio y Roxana veían 77 Sunset Strip. —El Ruso tenía una cita pronto y nos despedimos. —Yo me metí al primer cine que encontré y caí en El Increíble Hombre de Vietnam, con Dany Saval. —Me senté junto a una mulata muy linda, como de 17 o 19 años, en pantalones. —Junto a ella, del otro lado

estaba un viejo como de 50 o 60 años (sin exagerar), agarrándole las piernas y manos. —Supuse que sería su amante. —Empecé a rozarle el Brazo Desnudo con mi brozo desnudo. —Me vio y rió conmigo. —Le puse el codo en el Costado, cerca de los Senos y ella, de vez en vez, volteaba, me veía y reía. —Entonces saqué de la bolsa un papel con mi nombre y teléfono escrito y se lo puse debajo del Codo para que lo agarrara, pero con el Brazo Izquierdo ella no podía hacer un movimiento taaaan indiscreto, y la Mano Derecha la tenía atrapada el viejito. —Entonces doblé un poco más el papel y se lo puse en el dobladillo de la manga de la blusa. —Ella lo sintió, se volvió para verme y sonrió. —Terminó la película. —Prendieron las luces. —La vi bien y me vió bien. —El viejo se levantó y vió el brazo de Ella, el papelito que emergía notoriamente, y buscó algo alrededor suyo. —Tuve que escabullirme y salí del cine con bastante miedo, junto a un grupo de muchachos a quienes traté de interesar en la hora exacta para que



parecieran mis amigos. —Bueno, basta mañana... —Si me mata ese anciano ya saben que los quiero mucho a todos, a ti y a Donají principalmente y a mi mamá también. —Tobías.

El patio está lleno de envolturas de gelatinas y lo tengo que barrer, pero no ahora, sería un desperdicio: faltan la salida y la entrada a clases, por la tarde, y el recreo por la tarde y la última salida. Helen, Cristina, Yuri y Angélica, todas de primaria, se quedan hasta que anochece, juegan con Trusa. Los padres no tienen para pagar servicio de camión, viven lejos y pasan por ellas al salir de sus trabajos. Cristina es bonita y muy limpia; sus estrechos zapatos relucen. Prefiere estar sentada y contar cosas. Miente siempre. Helen es hija de un matrimonio desavenido; en las clases le llaman la atención por no estar al corriente con la colegiatura; más parece una enana que una niña. Yuri y Angélica son convencionales, obedientes a todo lo que el buen papá televisión les dice. Juegan a pellizquitos o a palmadas y, si no estoy por ahí, se atravien hasta a pintar cosas en el suelo con pedazos de yeso que desprenden de la pared: aviones deformes, carreteras, casilleros con nombres de países de insólita ortografía. A través de la barda de hiedra y las puertas de lámina se escuchan el ronronear de los motores de autos que pasan, el chirrido de los frenos cuando los sorprenden los topes, el cambio a primera o segunda velocidad, a veces, cuando salen de la última fila de topes y reanudan su mecánico deslizamiento.

A las doce es la clase de ballet y subo a ver a Trusa. Ella y Chofelia no se bañan con las demás. Desde la mañana visten de mallas, quizás para no perder tiempo poniéndoselas en clase, y es por eso que *los espectadores* nunca las han visto. Hacen ejercicios y no hay niñas más graciosas que ellas pronunciando coupe, o battement glisse, o cound de pied, o dessous. Los cuerpecitos en mallas rosas, gráciles como cuellos de flamencos. Y vaya si he visto flamencos. Durante un año comí todos los días con el gordo en un restorán que ya se quemó, sentados frente a dos pajarracos apestosos y bellos. Como Agasiz a uno de sus alumnos, según Ezra Pound, el Cosmosarro me pidió que los describiera. Son unos flamencos. Ya lo sé, pero tú eres escritor, descríbelos. Y no los he descrito pero los vi durante comidas y comidas y sé que son horrendos, lo que no pasa con Trusa, bella hasta en el trono, de vez en cuando un movimiento animal, glissade, sissone, assemblé, la cabecita de porcelana, grande y oval, la mandíbula maciza, casi varonil, el cabello cayendo en punta como serpentinas, como en esas medusas dibujadas por Julio Ruelas, una expresión de indolencia, semidormida, la boca siempre húmeda murmurando palabras inaudibles, moviéndose apenas. Es indeciblemente llamativa, no tiene necesidad de alzar un dedo para atraer o ser deseada.



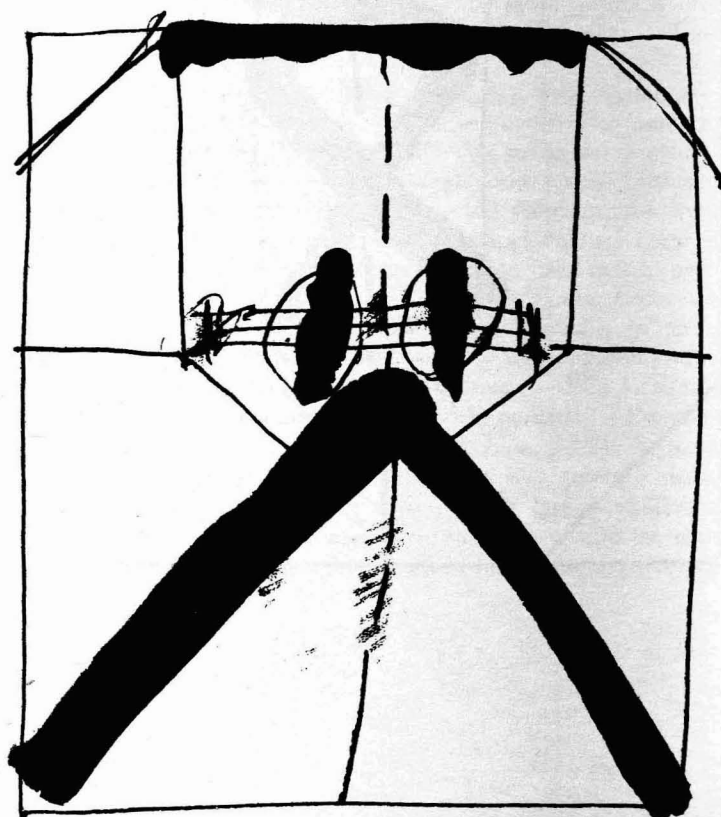
Y sin embargo se agarra con firmeza de la barra y eleva muy despacio los brazos, las piernas, se inclina, flexiona unos y otras, se suelta y gira sobre sí misma, siempre uno o dos movimientos atrás de sus compañeras. Y al final de la clase, cuando todas las adolescentes de secundaria y bachillerato se reúnen a platicar de novios y música ruidosa, ella se despide de Chofelia y corre a casa, no a jugar, ni siquiera a ver televisión o a comer algo. Se cambia el uniforme por un vestidito de marino y vuelve al patio, a pasear por los pasillos solitarios alejada de todo eso, con su immaculado traje de piqué blanco y los senitos saltarines abultando la tela bajo la pechera azul marino.

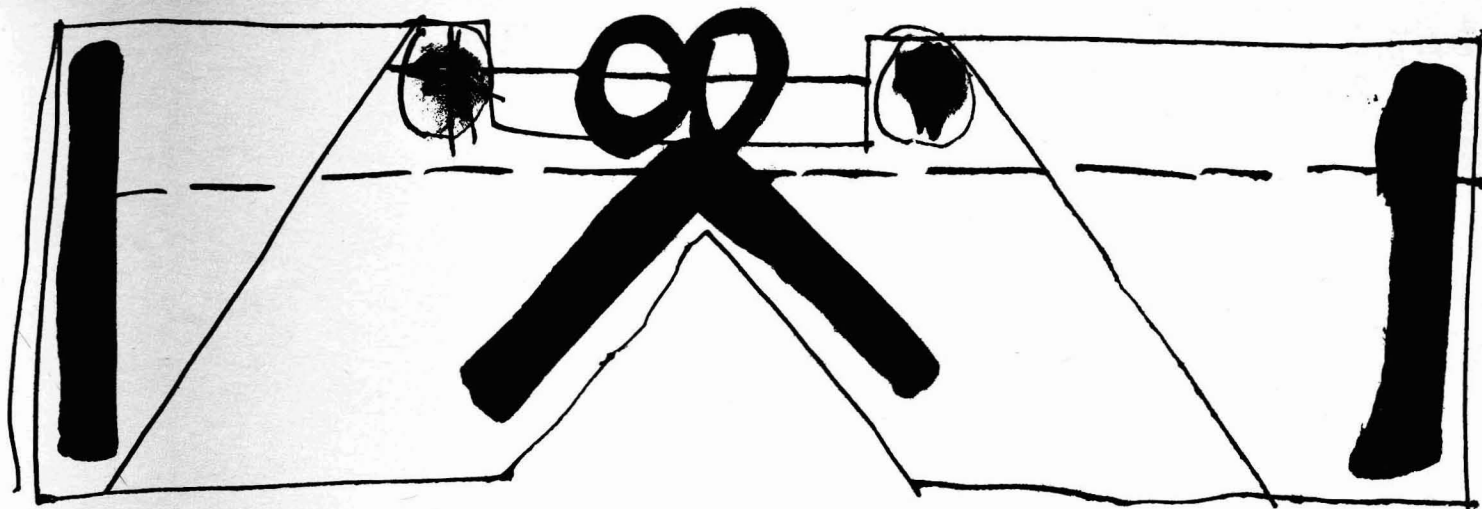
La alcanzo allí, a espaldas de los salones de prepa. Aún hay luz de día y las palmeras añoran el antiguo paisaje del barrio, las dunas de sus antepasados, un poco mechudas, un poco viejas y oxidadas a la luz del último sol. En el patio, Yuri le grita a Helen tú no sabes nada de Dios. Ni tú tampoco, dice aquella. Cómo no, yo voy a la iglesia, dice Yuri y se desmorona y queda tendida en el patio. Angélica corre aullando como ambulancia... Llegaron cartas de Brasil. ¿Y qué? dice Trusa sin dejar de mirar maternalmente a las niñas. ¿Quieres leerlas? pregunto y saco la papeliza del bolsillo. No, pero si quieres léemelas tú. ¿Y Yin? Salió desde en la mañana. ¿No sabes dónde fue? No, creo que tiene novio, en las noches sale y llega como a las cuatro o cinco, antes de que amanezca.

Me encaramo en el barandal deteniéndome firmemente de los barrotes metálicos con las piernas trenzadas. Las niñas, abajo, caminan. Se abrazan y cantan qué te ha dado esa mujer que te tiene tan engréido. | Parecen amigas de toda una vida y no hace ni un mes que se conocen. Pero ya está grande, ¿no crees? ¿Quién? dice Trusa. Tu hermana, ya está grande, opino, para pudosidades. ¿Qué es eso? Para falsos pudores. Y qué es pudor. No me digas que no sabes. Bueno, sí, lo entiendo, pero dime qué es, cómo se lo describirías a Leticia, por ejemplo, o a Jobías. Bueno, sé describirlo: no me atrevería a andar desnudo por las calles. Eso no es una descripción, descripción es... Sí, ya sé lo que es, y te escribiré un ensayo de cuatro páginas si respondes varias preguntas del modo más ingenioso posible. ¿Qué preguntas? Come Dios, qué come y a qué horas come. ¿Yo qué sé! Caquitas de pajarito, pienso, pero digo, no se trata de saber, sino de responder. ¿Y si no puedo? Me das un beso. ¿Y si puedo? Te lo doy. ¿Y tu nieve de qué la quieres? Bueno, yo a cambié te voy a describir el pudor. Mejor léeme una de las cartas y yo dejo de interesarme en descripciones. Y se acerca y apoya en el barandal recargándose en mi antebrazo.

Ayer, día seis, aparte de ir a la playa, en la mañana no hice nada importante. —Me prestaron una guitarra y hasta

después del Carnaval voy a devolverla. —Hoy en la mañana fui a la playa otra vez, pero no solo, sino con el Ruso, su hermana, su cuñado y los niños. —La playa es enorme, como ya te había dicho, y hay millones de personas en ella. —No hay sillas como en Acapulco, así que cada quien lleva su petate, es decir, su estera, su sombrilla y su radio de transistores y se acomoda en algún lugar. —Cerca de nosotros había un grupo de cuates con cinco niñas preciosas, una de ellas increíble, como de 17 años, ojos azules, tez blanca, pelo negro, dientes preciosos y todo. —Le estuve echando ojitos pero no me hacía caso y seguía platicando con sus amigos. —De vez en cuando se metía al mar, siempre acompañada. —Una hora después se puso su bata y se fue con una amiga. —Entonces los cuates se fueron también, pero diez minutos después ella regresó a tomar Sol. —Como quería quemarse bien, se quitó los tirantes y estuvo acostada así. —Cuando se incorporó el traje se le cayó tantito y pude ver parte de sus senos blanquísimos. —Después se acomodó los tirantes y fue a remojarse. —Yo me levanté y la seguí. —Empecé a hacerle plática. —Era portuguesa, pero desde chica vino al Brasil. —La observé: me pareció más bonita que Sandra, aunque de otro tipo. —Le pregunté su teléfono y me dijo que no tenía. —Le pedí que nos viéramos más tarde o al otro día y me dijo que MAÑANA SE IBA A PETRÓPOLIS y que vuelve hasta marzo. —Le pregunté su domicilio pero





dijo que no me lo podía dar pero que ya nos encontraríamos otro día porque el mundo es muy chico. —Total me la Pelé (gran futbolista brasileño).

En la tarde toqué un poco la guitarra y dormí otro poco. —Decidí hacer mi primer estudio de caso pero me obligaron a ir al Carnaval. —Algunos iban disfrazados y todos bailaban en plena calle. —La orquesta estaba integrada por dos trompetas, un sax alto, un trombón de pistones, una tuba, un platillo y tambores. —Todos tocan en unísono, excepto la tuba, y eso tiene la ventaja de que cada pieza dura treinta minutos o más. —Sin mentirte. —Cuando alguno se cansa deja de tocar y siguen los demás, al cabo es unísono. —El baile, más que baile, parece un ejercicio como el que hacen los boxeadores saltando la reata. —El Ruso consiguió dos niñas para nosotros. —La mía tenía un cuerpazo como el de Coleen, delgada, las piernas largas, cintura preciosa, en fin, y la cara y el peinado de Marina Vlady. —Hice todo lo posible por conquistarla, pero aparte de saber que vivía a media hora de Copacabana, en coche, supe que su novio era su vecino desde hace seis años. —Total, me la pelé nuevamente. —De ahí fuimos a cenar algo y luego a casa, desde donde te escribo a las cuatro de la mañana del sábado.

¿Qué te parece? preguntó a Trusa y uy, se me durmió la pierna, ayúdame a bajar. Tiro las cartas. Ah, ¿también con dibujitos? Y es que el ocioso de Jorobas se dibujó a sí mismo al final de una hoja colgando un teléfono y diciendo chao. A veces, digo y trato de ver algo en la semioscuridad nocturna, a veces sí, hace caricaturas, y mira, allí va Donají. Sube a encender las luces, ¿verdad? Sí, y además comienza su hora de escaleras, sube y baja para no engordar. Pero aparte lleva dieta, ¿no? Sí, pero puede engordar en cualquier momento, acepto, conociste a Sarro ¿no?

Bajamos porque tocan el timbre. Es la madre de Cristina y las cosas de Cristi están a la vista pero ella no. Trusa corre a buscarla y la encuentra en un baño jugando con jabón y papeles mojados. Pobrecita, dice la señora y vámos, te vas a resfriar, la toma de la mano iluminada momentáneamente por los faros de un coche que pasa. Yuri y Helen todavía están aquí, pero no tardan en venir por ellas. La familia de Yuri se lleva a Helen, parece que le dan de merendar, la bañan o algo así, quieren adoptarla. Conversamos con ellas y cuando se van acompaña-me le digo a Trusa y me atrevo a tomarle la mano. Corremos por el patio y en el cuarto de trebejos, casi sin aliento, le cuento mientras recojo la escoba, la jerga y las demás cosas, que Patricia ayer en la mañana se escondía aquí, detrás de la cortina, y Luly, sigo aclarándome la garganta con una tocesita, llamaba a las niñas vengan a ver al chango, al chango, y las más babosas entraban y Patricia les caía encima haciendo ges-

tos con todo y cortinas, ¿te imaginas? Pero Trusa está negada para recrear cualquier cosa, nada le hace gracia y como se sabe amenazada por el quehacer opta por desvanecerse, huye a pasear su tuerpecito adolescente por lugares donde la escoba no vaya a levantar polvo.

Y barro, trapeo, limpio y tiro papeles y papeles. De vez en cuando en un baño descubro un modess, un tampax... Los músculos palpitan bajo las mangas de la camisa y mi respiración se oye agitada. Es un ejercicio bárbaro este del vaivén de la escoba.

En la Dirección casi no hay nada que hacer, nada más se sacude y se vacían los cestos, se revisan los cajones por pura curiosidad y se descansa en los sillones de cuero. Cuando me siento aquí veo una gran composición, algo como un plano magistralmente trazado, donde hasta la firma del artista queda incorporada al diseño. Es un cuadro que se voltea cuando viene Papá la Oca, una reproducción barata de una serigrafía, creo, de Miroslav Sutej: del otro lado tiene una foto de Papi como Presidente de Consejo, delante de un águila que devora una serpiente incomedible.

En este mismo sillón me encontró Elsa. Terencio, dijo y se acercó lánguidamente. Yo tenía un plumero en la mano. ¿Quiere abrocharme este collar? Lo hice y ella apoyó su cara en mis manos. La detuve y me hundí, sin permitirle decir nada, en sus labios pintados, como quien se hunde en un cenote sagrado lleno de secretos y a pesar de amenazadoras leyendas. Me gustó mucho su manera de tirarse blandamente sobre el sillón, y la habilidad con que respondía a las caricias, y luego, cuando me atoré con un zíper, su expresión de incredulidad. Pero de pronto se levantó, se metió vertiginosamente en el vestido al revés olvidando tirado por allí un gran moño rojo antes de desaparecer... Eran los últimos días de clases y tardé buen tiempo en saber que esa escaramuza, esa conducta inexplicable al principio, el repentino ofrecimiento y la disponibilidad para el amor, y la huida, no habían servido más que para distraerme.

Entre tanto

Virginia Grondona Palanza
María Eunice Martínez Gordon
Ana Laura Lanata-Chávez
y Guadalupe Gómez Sucre

robaban las formas de los exámenes de la habitación adjunta. Gajes del oficio, como diría Elías Howe. Así que este año pienso difundir la noticia ampliamente para inspirar nuevas adeptas. Bueno, siempre desvarío cuando barro. Marcel Schwob no era portero de escuela y Cyril Connolly tampoco...